

JESUS IZCARAY

Un novelista con voluntad de superación



PABLO GIL CASADO

JESUS Izcaray nació en Béjar en 1908. Por la fecha de su nacimiento así como por la temática, se le podría identificar fácilmente con la promoción de novelistas que, teniendo unos veinticinco años al comenzar la guerra civil, empezaron a escribir durante el conflicto o poco después, y entre éstos, con los que seguirán la temática social. Dentro del último grupo, Izcaray destaca como el escritor que mejor comprende lo que es la literatura y como el más capaz de crear una obra trascendente.

Caso curioso el de Izcaray. Aunque ya era conocido anteriormente como escritor, su vocación de novelista es tardía; la primera novela suya no aparecerá hasta 1961. A partir de esa fecha, sin embargo, ha ido superando paso a paso la calidad y el interés de sus obras. Sin tomar en cuenta las dificultades de difusión que sus escritos han encontrado en España desde 1939, es preciso decir que son bien conocidos en el extranjero, no sólo en español, sino en otras lenguas, a las que han sido traducidos (concretamente, al francés, alemán, holandés, checo, húngaro, búlgaro, polaco y ruso, según el caso). El balance de traducciones ciertamente le honra.

Izcaray ejerció el periodismo en Madrid a partir de 1929. Durante la guerra civil fue uno de los cronistas de guerra más leídos. En 1938 se le concedió el Premio Nacional de Literatura en la zona republicana. Después de 1939 residió en Francia con un paréntesis de seis años en Méjico, continuando allí su labor de escritor.

Lo primero que salta a la vista en las novelas de Izcaray es el profundo enraizamiento de la temática en la problemática de nuestros días, girando siempre en torno a esa trágica oposición entre los campos antidemocráticos y prodemocrático. Precisamente el momento que acentúa siempre el asunto es la confrontación entre ambas fuerzas, ya sea entre proletariado y dictadura (*La hondonada*), entre hijos progresistas y padres conservadores (*Las ruinas de la muralla*), entre guerrilleros y Guardia Civil (*Madame García tras los cristales*), o entre pueblo y fuerzas de choque (*Un*

muchacho en la Puerta del Sol). La confrontación está vista bajo una perspectiva populista, la de las masas, que quieren un futuro mejor y una España más justa. Esto supone una cierta dosis de carga ideológica, naturalmente, pero las ideas que permean los libros de Izcaray no aparecen como disertación, sino que se contienen en los motivos que empujan a los personajes a la acción. Así, la historia se nos presentará vista por los personajes y sentida por ellos como resultado de sus íntimas convicciones, sean del color que fueren; luego, la dialéctica del momento los llevará a la pasividad o a la acción. Personajes, pues, con ideas aceptables o no para el lector, pero no caracteres de tipo positivo, definidos de antemano, ni tampoco personajes maniqueos, sino personajes representativos con sus aspectos deseables e indeseables, pertenecientes a clases sociales diferentes, cada cual defendiendo sus intereses y, por lo tanto, expresando su manera de sentir.

De su concepto de la novela, Izcaray ha manifestado que "la novela es el arte de los caracteres, entre los cuales no hay dos idénticos. Algunos se asemejan, pero todos difieren en algún rasgo. Y yo procuro que mis novelas sean eso: novelas de caracteres, de tipos, de hombres y mujeres diferenciados, con sus luces y sus sombras, con toda humana complejidad". Esta declaración (1) fechada el 27 de abril de 1975, corresponde al apogeo de su obra, y es indicativa de la trayectoria que han seguido las novelas de Izcaray en el sentido de que van de lo simple a lo múltiple, de lo superficial a lo profundo.

La hondonada (2)

Primera novela, de clarísimas características sociales, tanto por el asunto como por la plasmación, peculiar del realismo crítico. He ahí

(1) Carta dirigida a la señora Gatling-Pattishall, a propósito de su tesis "The political novel as exemplified in Madame García tras los cristales". University of North Carolina, Chapel Hill, 1975.

(2) Ediciones Palomar, México, 1961.

una familia de campesinos cordobeses, sin tierra, sin apenas trabajo, que, con la intención de pasar a Francia, venderán sus posesiones y se dirigirán a Madrid, donde esperan reunir fondos para continuar el viaje. Los emigrantes recalán en "la hondonada", donde ha surgido un barrio de chabolas. La situación de los recién llegados es la peculiar de ese barrio sumido en la hondonada, que, en definitiva, viene a ser la de la clase obrera española, situación de la que tratarán de salir sin resultado. La problemática individual, una vez transformada en colectiva, se irá desplazando del barrio a la fábrica, ampliándose hasta ser la del proletario madrileño en "el tiempo vacío, el tiempo de espera, el tiempo sin vida" (página 164), líneas que se anticipan, curiosa coincidencia, al tema de *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos. De este modo, lo primario (la emigración y el barrio de chabolas) pasa a segundo plano, y la reivindicación proletaria llega a ser el tema principal a medida que la novela avanza hasta culminar con la huelga de tranvías ocurrida el día 22 de mayo de 1951.

En conjunto, se aprecia influencia de la generación previa, la del "nuevo romanticismo", visible en el esquema simbólico, en la impetuosidad y sinceridad de los personajes, en la expresión del sentimiento, en la proyección hacia el futuro, en la tendencia al debate como forma de expresar ideas y, finalmente, en la mutación de los destinos individuales en colectivos. En otras palabras, tenemos una obra de transición anclada en el realismo objetivista y, a la vez, en el lirismo social. Lo más logrado es la evolución del asunto y su desplazamiento de plano a plano; también cabe señalar la acertada captación de las esperanzas, sueños, anhelos y frustraciones de los humildes personajes.

Las conclusiones apuntadas podrían aplicarse también a la colección de relatos *Noche adelantada* (3), aunque no por igual a todos los que la componen.

(3) Ediciones Palomar, México, 1962.

Las ruinas de la muralla (4)

La siguiente novela queda a considerable distancia de la anterior, tanto por el tiempo transcurrido como por la plasmación. La temática se amplía yendo del enfoque restringido a un grupo social a una crítica amplia de toda la sociedad, entrando de este modo en la corriente desmitificadora que caracteriza al segundo momento de la generación del cincuenta y cuatro, o sea, a partir de *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos. Añadirémos que Cela y Delibes también intentaron ponerse al día sin conseguirlo totalmente.

La novela comienza en París durante una reunión de jóvenes universitarios afiliados al Partido Comunista, continúa durante la visita que hacen a sus respectivas familias en España, y concluye poco después de su regreso a Francia. En primer plano tenemos a Esteban Valdés, a su mujer, Yvonne, y al padre del primero, don Celso, en un simbólico pueblo español: Nobleda. Luego, como eco, el conflicto entre los mencionados personajes se repetirá con otros jóvenes, otras familias y otros pueblos. El asunto posee un interés indudable: el enfrentamiento de dos mundos opuestos: la España del régimen viejo (estática y ultramontana) frente a la España nueva (dinámica y progresista).

Las situaciones no se presentan ya por su valor exterior, sino que ahora se muestran los resortes que mueven a los personajes en la inevitable confrontación ideológica. El presente tiene sus raíces en el pasado, y simultáneamente, se proyecta hacia el futuro. Lo caduco, con su fuerza de lastre, se opone a todo progreso democrático, aun sabiendo que inevitable y forzosamente su mundo está en ruinas, visibles por sí mismas al revelárenos el modo de ser de "esa España inferior que ora y bosteza, vieja y taur, zaragatera y triste, de esa España inferior que ora y embiste,

(4) Colección Ebro, París, 1964.

cuando se digna usar de la cabeza", en palabras de Antonio Machado.

Los personajes aparecen con su propia personalidad, con sus contradicciones, imperfecciones y virtudes. Así tenemos al viejo dirigente Higinio, entregado a su labor proselitista, enfermo, empobrecido, a veces justo, a veces arbitrario; al terrateniente don Máximo Puebla, acabado físicamente tras una existencia de disipación; Valdés, el joven militante que enjuicia el pasado de sus padres y cae en la cuenta de que él es precisamente parte de ese tiempo. En todo caso, los personajes han ganado en complejidad, son hombres y mujeres con hondas diferencias, que se enfrentan con la realidad de su tiempo y reaccionan de acuerdo con su sensibilidad y sus ideas. El desarrollo de la interioridad de los personajes, la depuración de la lengua, el empleo de diversas técnicas narrativas, como la proyección retrospectiva, por ejemplo, suponen una notable mejora en relación con la primera novela.

Madame García tras los cristales (5)

Si *Las ruinas de la muralla* revela ya la valía de Izcaray como novelista, es en este siguiente libro donde el despegue será ya indiscutible.

Se inspira esta novela en un caso común en el destierro: el de la persona incapaz de adaptarse a la sociedad francesa, que lleva una existencia amorfa, hecha de recuerdos, hundida en la pasividad y la resignación. Así, el personaje central, Angela, situada tras la ventana de su habitación, contempla lo que pasa en la calle y piensa; sus pensamientos brotan del recuerdo de un lejano ayer y se enlazan con la desoladora realidad del momento. El exilio para ella es ausencia, es nostalgia de los campos y de la aldea donde nació y vivió.

Ante la ventana, Madame García va reconstruyendo los años 1947 y 1948, cuando las guerrillas operaban en su pueblo y cercanías; por su memoria desfila la imagen de Andrés, su amante, uno de los combatientes desaparecidos, y todos los incidentes que la llevarán al exilio. Siguiéndolos, el lector vivirá la vida de la aldea, de sus gentes, las actividades de los guerrilleros y de la Guardia Civil, la represión dirigida contra las amistades o los simpatizantes de aquéllos. En otras palabras, es la propia vida de Angela la explicación de su cansancio ("yo ya no tengo dolor, sólo tengo recuerdos", página 25), de su desesperanza elevada a su máxima potencia por la carta del Consulado español que acaba de recibir y que le deniega el permiso de entrada en España; vista en detalle por dentro

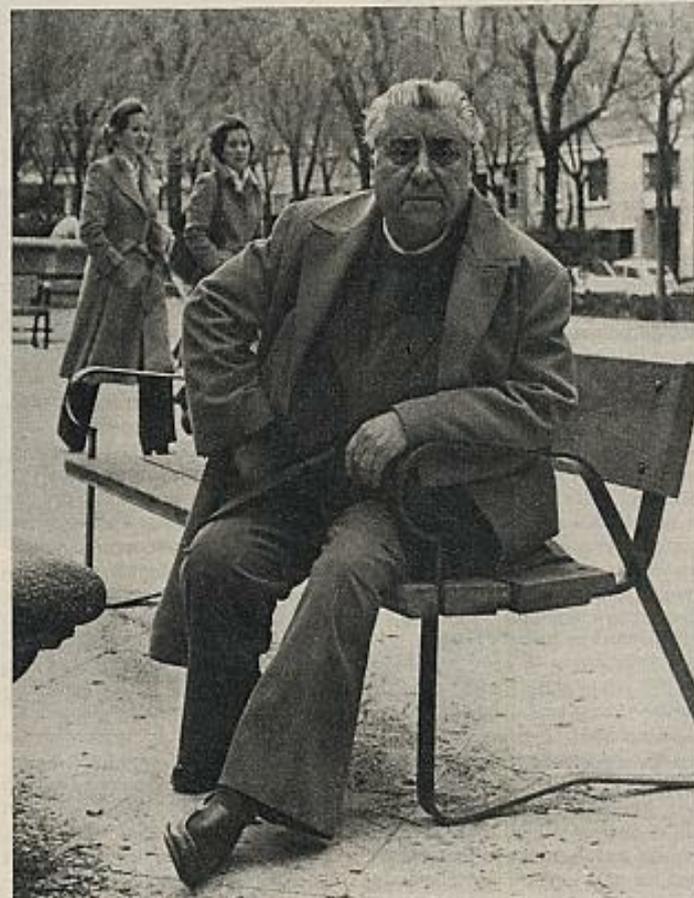
mediante sus pensamientos y, por fuera, mediante la acción en los lejanos campos del Pirineo aragonés.

Para poner en pie un relato de esta naturaleza, el autor necesita dominar variados recursos técnicos que le permitan una presentación flexible y a la vez movida, pues de lo contrario, como es frecuente, el relato degeneraría en pura reflexión a expensas de la acción con la inevitable caída en lo estático. Por el contrario, Izcaray empleará recursos técnicos que hagan posible un desarrollo directo de las experiencias vividas; la proyección retrospectiva cobra fuerza, el cambio de tiempos verbales es adecuado a los cambios de enfoque, las escenas resultan rápidas, vigorosas, a las que siguen otras pausadas de reflexión. La acción, en resumen, está finamente entrelazada, los recuerdos avanzan y se sitúan en el pueblo, luego retroceden a la gris realidad del momento y se hacen presentes, una y otra vez se cruzan en el tiempo y en el espacio. El puro objetivismo de su primera obra y la temática meramente social quedan completamente superados.

Un muchacho en la Puerta del Sol (6)

Primer volumen de un ambicioso proyecto (la tetralogía *El río hacia el mar*) en vías de realización. Distingue a *Un muchacho en la Puerta*

(6) Colección Ebro. París, 1973.



Jesús Izcaray: "La novela es el arte de los caracteres".

de *El Sol* el peculiar enfoque de los momentos históricos y el empleo de procedimientos narrativos hasta el punto que este primer libro, al menos, supone una novedad en el género histórico, tiene carácter renovador.

Izcaray se aparta de la fórmula galdosiana e invierte los términos. Los sucesos históricos no constituyen el punto primordial de la narración, sino que pasan a cumplir la función de marco, encuadrando la ficción. La inversión ocurre igualmente en el enfoque, ya que la vida política se mostrará vista desde abajo, desde la posición del hombre de la calle. Los grandes acontecimientos de la época se reducen a breves menciones. La función primordial que desempeñan es provocar reacciones para evidenciar el estado de ánimo de los personajes, poniendo así en marcha la opinión pública. Los personajes irán interpretando los sucesos históricos del día no como árbitros de hechos monumentales, sino como participantes de una realidad colectiva. Y si actúan sobre el acontecer histórico lo harán como parte del sentimiento popular, como fermento "intrahistórico", que hubiera dicho Unamuno. Las situaciones así enfocadas interesan al lector por ser como nosotros las vivimos desde la cotidianidad de cada uno.

Un muchacho en la Puerta del Sol se abre en 1929, durante el servicio militar que ese "muchacho", Julio Gálvez, cumple volunta-

rio en Madrid. Simultáneamente empieza a trabajar en la redacción del periódico "El Imparcial". A partir de entonces, el relato progresará en la memoria del personaje y en el tiempo hasta los primeros días de 1931, en que se cierra el libro. Sin embargo, el personaje no rememora su vida desde esas fechas, sino desde el momento en que se escribe el libro, desempeñando así un triple papel de testigo, narrador y ente de ficción. El plano de referencia es también triple: uno, la época en que escribe; dos, la época del servicio militar; tres, la época de la niñez y adolescencia. La acción se desplaza de un momento a otro, hacia el pasado a veces, hacia el futuro otras, zigzagueando, avanzando y retrocediendo en la memoria del personaje todo lo que se encuentra ya en embrión en *Madame García tras los cristales*.

Sobre la estructura de tres niveles se ha montado la vida íntima y pública del personaje central. Julio Gálvez sigue un proceso de madurez que no cesa de manifestarse a lo largo de la novela. La constante evolución se da en más de un aspecto. Resalta, en primer término, la evolución dialéctica del muchacho exteriorizada mediante sus actividades relacionadas con el momento histórico que vive, lo que le llevará a una toma de conciencia; luego tenemos el progreso intelectual, la marcha de su profesión periodística y, finalmente, el desarrollo sexual y las experiencias eróticas que paulatinamente corresponden a un mayor grado de madurez. El resultado de esta múltiple presentación es una constante progresión en el desarrollo de la personalidad, visto tanto en las manifestaciones interiores como en las exteriores, en lo personal como en lo público.

En relación con las novelas anteriores de Izcaray, esta novela representa un considerable progreso, tanto en lo estático como en lo anecdótico. En primer lugar, resalta el mecanismo técnico, el constante cambio de tiempos y sujetos verbales, el continuo desplazamiento de un plano a otro. Pero sobre todo, su interés procede de la impresión de autenticidad que se desprende de sus páginas. Además de ser la novela de Julio Gálvez, es el relato de una época, pues en ella se plasma el ambiente que precedió a la proclamación de la República, todo lo que se nos da en una peculiar fusión de crónica populista y de confesión íntima.

Si el interés del primer libro se mantiene en el resto de la tetralogía, nos encontramos con el mejor ciclo novelístico basado en la guerra civil, sus causas y sus consecuencias hasta nuestros días. No es de esperar menos dada la fuerza de voluntad y la voluntad de superación que anima a este novelista.

(5) Colección Ebro. París, 1968.